

Éranse una vez los aviones

Por Damián Díaz-Muñoz

Que tu casa tenga de techo – o *sobre* el techo, pero lo primero suena más romántico – la ruta de los aviones no es para nada agradable. Mi hermana, futura estadista, llevaba la cuenta promedio de diecisiete y un cuarto de aviones por día. Tan obsesionada la tenían – a ella y a todos -, que incluso modeló unade esas campanas raras (¿de Gauss le llaman?). Eran diecisiete y un cuarto de terremotos y explosiones, a veces inaudibles zumbidos y otras, el apocalipsis mismo. Las familias corrían desesperadas por todos lados sin saber qué hacer: si proteger los vasos o a la bebé. ¡Qué angustia sentía mi madre cuando, tras ese zumbido premonitorio que se traspasaba al hilo de agua cayendo sobre los platos sucios y las manos desgastadas por el cloro, recordaba que no había cerrado las cortinas color oro! Y es que todos conocían la historia del hijo de los López, cinco casas más abajo: quedó ciego cuando un monstruo metálico gringo voló *inusualmente bajo* – según el gobierno -, haciendo estallar las ventanas de casas enteras.

Qué triste, sin embargo, me hace sentir *ahora* el cielo impoluto. Mi hermana está desesperada puesto que no sabe qué anotar en sus plantillas matemáticas *ahora* que apenas pasa un avión por semana. La casa nunca antes había estado tan iluminada, y es que mi madre deja las cortinas abiertas esperando, bajo el *ahora* chorro tranquilo de agua, el crujir de las ventanas. Los vecinos están más gordos *ahora* que no deben correr cada treinta minutos esperando salvar los platos o las tazas.

Puedo decir que ahora estamos sin techo, encerrados en el silencio. Un silencio que creíamos haber siempre anhelado, pero ahora nos mata malo. Por eso, cuando un lunes o viernes por la madrugada pasa una solitaria ave metálica iluminada, todos en el barrio despiertan y corren exaltados, esta vez no para salvar la radio o las tazas para el té, que siempre están, siempre estarán, qué más da; corren por las puertas, abren las ventanas, los López suben al techo y otros abrazan a sus guaguas, pero solo para respirar, en el transcurso efímero de la nave voladora, el aire de antes, para permitir que su zumbido penetre nuestros oídos, piel y alma. Ahora corremos solo para observar lo momentáneo, el pasado, cada vez más alto y lejano. Corremos, quizá, para salvarnos.